

cuadrúpeda providencia, á vuestra ubre, aparejo, chicharrones y topes se debe el pan, mi pan, mi pan todo de la vida, adios para siempre; ya no os venderé gato por liebre, ni fraudes, ni embustes, ni irrespetuosidad, ni irreligiosidad, ni inmoralidad, sí, ninguna de estas mis mulas os venderé ya, aunque el Central se volque, despedace ó pulverice con el inmenso peso de las 20 ó 12,000 fanegas de mi pura maldad. Amen, dicen sus candorosos lectores. Pero yo, que nada tengo de ese candor, me permito ahora preguntarle: ¿Qué hará Ud. entonces con los millones muchos de su saerilega impiedad? ¿Qué hará con esta su emperatriz suprema? ¿La empeñará, prestará, regalará, tinará, quemará, ó la embodegará, con todo y corona, en su aromático vientre? ¿Qué hará Ud. vuelvo á preguntarle, con esta su hechicera ninfa ó esbelta deidad? La ataviará, no con primorosa púrpura, esmeraldas ó margaritas, sino con un tosco saco, levita ó sobre todo, tosco tambien? ¿La evangelizará, no con angélica teología y homilias del Crisóstomo, sino con textos y latinajos de un sermón de viernes santo? ¿La mantendrá, no con chocolate, puchas, gallinas y cóconos, sino con su quimérico maicito, vacas, chivas y burros? ¿Qué hará Ud. con su superlativa impiedad? ¿Qué hará, eh? ¿Qué hará? ¡Ay cristianos de mi corazón! ¡Ay católicos de mi alma! ¡Ay idolatrada Patria mía! Esto solo Dios, el demonio y el Barretero lo saben.

«Para conquistar al mundo, ha dicho en plena asamblea masónica cierto cofrade del Becerro de Oro, nos basta una sola arma. Ni el dinero, ni los destinos públicos son el arma de que hablo: lo urgente es conquistar la prensa. La prensa es el todo; siendo nuestra la prensa, absolutamente todo será nuestro.»

¿Lo habéis oído, católicos lectores de «El Barretero» ó prensa mala? ¿Lo habéis oído bien, muy bien? ¿Sí? Es que el objeto, ideal ó fin de la mala prensa es, no ilustraros como ella hipócritamente dice, sino conquistaros, esto es, descristianizaros, descatoalizaros y paganizaros, haciendo renegar, abjurar ó apostatar de vuestra adorabilísima y santísima Religión que representamos, sostenemos y de algun modo defendemos, nosotros los ministros del Santuario. Seguid, en consecuencia, si optais por la conquista masónica, seguid manteniendo y leyendo la prensa impía; si os gusta ser descristianizados, descatoalizados y paganizados, seguid manteniendo y leyendo la prensa impía; si tenéis valor de renegar, abjurar y apostatar de vuestra augusta Religión, seguid manteniendo y leyendo la prensa impía; si os gloriais en aprobar y aplaudir las difamaciones, las insolentes difamaciones, insultos, injurias, todas las burlas que diariamente hacen los malvados á vuestros sacerdotes, seguid manteniendo y leyendo la prensa impía; si sois partidarios, entusiastas partidarios, de la COMUNA FRANCESA, hasta en lo de su GUILLOTINA,

seguid manteniendo y leyendo la prensa impía; si estimáis que á México, vuestra cara Patria, suceda mañana lo mismo que ayer á la Habana sucedió, seguid manteniendo y leyendo la prensa impía; si os honráis mucho, muchísimo en que vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos, hasta la cuarta generación, sean desnaturalizados, muy desnaturalizados, sumamente desnaturalizados ó protervos, si esto os agrada, seguid manteniendo y leyendo la prensa impía; si os es fácil conciliar ó hermanar á Satanás con Jesucristo, seguid manteniendo y leyendo la prensa impía; si os es posible y lícito servir á la vez á dos amos, tremendos antagonistas, seguid manteniendo y leyendo la prensa impía; si os place, en suma, veros un dia en el Infierno en compañía de esos periódicos y de todos vuestros hijos, entonces, sin pena, sin escrúpulo, remordimiento ó temor alguno, seguid manteniendo y leyendo la prensa impía. Sí, cristianos, seais del sexo, edad, condición, rango ó categoría que seais, continuad, como hasta aquí, honrando con vuestra lectura, y protegiendo con vuestros centavos á la prensa impía, puesto que hoy nada vale para vosotros la prohibición, la suprema, terminante y mil veces repetida prohibición relativa á la prensa mala, de la santa, católica, apostólica, romana Iglesia, vuestra indulgente Madre, á quien se dijo: Lo que atareis sobre la tierra, será atado en el cielo; continuad, repito, continuad honrando con vuestra lectura y protegiendo con vuestros centavos á la prensa impía, ya que hoy nada valen para vosotros el Papa, el Episcopado, el Clero todo, á quien tambien se dijo: El que á vosotros oye, á mí me oye; y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia; continuad, digo otra vez, continuad honrando con vuestra lectura, y protegiendo con vuestros centavos á la prensa impía, puesto que hoy nada significa para vosotros, lo dispuesto en el cuarto precepto del código Divino, que dice: Honrarás, obedecerás á tu padre y madre; continuad, vuelvo á decir, continuad honrando con vuestra lectura, y protegiendo con vuestros centavos á la prensa impía, ya que hoy ninguna importancia tienen las promesas, las terribilísimas promesas que, en dichoso dia, hicisteis, nó ante el Barretero ó masonería, que ahí se exigen juramentos y no promesas, sino ante Dios, ante el ministro de Dios, ante los Santos y ángeles de Dios, entre otras cosas diciendo: Renuncio á Satanás y á todas sus obras, y obra de satanás inconcusamente es el Barretero ó prensa mala; continuad, digo por último, continuad honrando con vuestra lectura y protegiendo con vuestros centavos á la prensa impía, la cual quiere conquistaros, paganizaros, entregaros en cuerpo y alma á la masonería: siendo nuestra la prensa, dijo el judío aquel, absolutamente todo será nuestro. Y en San Mateo leemos: El que no obedece á la Iglesia, debe teneros por gentil y publicano. ¡Ay, nada más tremendo, evidente y dogmático para los verdaderos cristianos! Permitidme ahora esforzados Macabeos

de la prensa honrada, charlar un poco con el señor mi padre, siquiera sea diciéndole con afecto de hijo malcriado:

Bien, muy bien, perfectamente, señor payaso, siga Ud. representando brillantemente en la prensa su gracioso papel; arroje á la letrina, común ó excusado mi carta aquella; sálgase por la tangente; no se dé por entendido; acopie chistes, prepare su melodiosa orquesta, anúnciese á todo bombo; siga, no se pare como cierta mujer se paró, sí, Ud. siga divirtiéndose á sus católicos lectores, hoy por hoy, á expensas mías, indigno ministro del Altísimo; siga.....pero en medio de su espléndido sainete dignese escuchar, no la atronadora palabra de Daniel, que Ud. nada tiene de común con Baltasar, sino la plañidera voz de un mísero desterrado hijo de Eva, que lacrimosamente le dice: Señor, Señor Barretero, ilustrísimo Señor, es Ud. un impío, un hombre de mala fé, cobarde, atrevido, hipócrita, charlatan, pedante, embustero, vil, ladrón, asesino, todo un desgraciado recluta de la masonería. Vamos por partes; á mi no me agrada hablar á lo cotorra, chillar á la chicharra ó cigarra, ni llorar á lo cocodrilo; vamos por partes, repito.

Es Ud. un impío, por las sacrílegas comparaciones que hace, el modito conque las hace, y el motivo porque las hace; un hombre de mala fé, por no haber insertado en su periódico mi carta como se lo rogué; un cobarde, por haber ocultado mi nombre al ocuparse de mí; un atrevido, por tender su hoz en mis agena; un hipócrita, por el aparente interés que á sus lectores muestra; un charlatan, porque habla mucho y nada prueba; un pedante, porque promete mucha filosofía, cuando en su asquerosa tienda ni aun el triste mérito del sofista tiene; un embustero, por ser falso, falsísimo cuanto ha dicho de mí; un vil, por el infame oficio de difamador que ejerce; un ladrón, por la fama que á los ricos de buena fama roba; un asesino, por la honra que en personas honorables mata; todo un desgraciado recluta de la masonería, como evidentemente lo prueban sus vulgares y viperinas croniquillas, relativas á las personas sagradas. Hé aquí su retrato en miniatura, pero si esta miniatura no fuese su retrato entero, por falta de algunas tintas, sírvase entonces decirme, mas con la verdad en mano, puesto que ahora hablamos ante la gente ilustrada, así sírvase decirme: ¿Es ó no cierto que Ud. por burla, sarcasmo ó mera farsa, compara lo sagrado con lo profano, ó lo profano con lo sagrado, según place á su clásica impiedad? ¿Es ó no cierto que Ud. por picardía, por picardía sí, ó solo por maldad rehusó insertar en su periódico mi carta? ¿Es ó no cierto que Ud. por miedo, nomás de puro miedo á Granaditas, hizo mi nombre punto omiso? ¿Es ó no cierto que Ud. atrevidamente cita á su inmundo tribunal, con mas ó menos frecuencia, á los Obispos, curas, vicarios y capellanes? ¿Es ó no cierto que Ud. tiene debajo de sus piés ó en lo más as-

queroso de sus talones á sus lectores todos? ¿Es ó no cierto que Ud. habla como perico, y prueba como cuervo, es decir, mañana, mañana' es decir, nunca, jamás? ¿Es ó no cierto que Ud., por pedante, embustero' difamador, ladrón de la buena fama y asesino de la honra acrisolada, ha estado, en distintas épocas, algun tiempo encarcelado? ¿Es, en suma, es ó no cierto que Ud. está apasionado de la escuadra, delantal, ó gradito 33? ¿No? ¿Lo niega Ud.? ¿Sí? Entonces niegue tambien la vida de su vida, la cabeza de su cuerpo, la luz del sol, la existencia de «El Barretero,» que ha ministrado lienzo, pincel y tinta para retratar al Barretero; sí, señor mio, niegue Ud. lo positivo, cierto, verdadero, todo lo evidente niegue, puesto que Ud. sabe bien, muy bien, que en las escuelas se dice: El burro negando, y San Agustin probando, gana el burro, advirtiéndose que «El Barretero» no habla hoy con el catedrático de Retórica en Milán, sino con un estúpido, rancio, fanático fraile avaro: luego su triunfo es más seguro, que el obtenido por el burro que, en dos por tres, científicamente concluyó á San Agustin.

Por otra parte, Ud. confiesa, aunque no de rodillas, golpeándose el pecho, y derramando lágrimas, que este estúpido fanatismo no entra en su espléndida morada, sino a su modito, así burlescamente declara que recibió, con doble franqueo, una carta, una carta expediente, una bárbara carta mía, en la cual le EMBOQUÉ, con sus respectivos textos y latinajos, un sermón de viernes santo. Pues bien, caballero, esa carta expediente ¿la contestó Ud.? ¿La contestó en regla? ¿Estimó á bien contestarla con la delicadeza, vergüenza, verdad y comedimiento que, en igualdad de circunstancias, suelen tener los boyeros, carboneros, cocheros, toda la gente de calzón blanco, blusa, gabán, canana, sombrero de petate y huarache? (Es que á estos pobres hombres algo les queda todavía de hombres, es decir, de racionalidad, educación, ilustración ó sentido comun). ¿O la contestó con viejas mentiras, insultos, injurias, burlas, entremeses, sainetes ó payasadas, como acostumbran contestar hoy á los sacerdotes ciertos cristianos pantalones, chaquetas, sacos ó levitas, brillantes leontinas, gorras galoneadas y botines charolados, cristianos tambien? Hable, señor, ¿como contestó Ud. mi consabida carta? ¿La contestó á lo calzón blanco ó á lo pantalon de paño, á lo blusa ó á lo chaqueta, á lo gabán ó á lo saco, á lo canana ó á lo leontina, á lo sombrero de petate ó á lo gorra galoneada, á lo huarache crudo ó á lo botín charolado? ¿Como la contestó, eh? ¿Como la contestó? ¿Como? Hable ahora, señor Barretero, ahora que Ud. y yo estamos agarrados de la barba, no solo ante sus lectores, que estos, como antes decía, los tiene Ud. en lo mas, asqueroso de sus talones, sino ante toda Méjico que, cual soberano, pleno é inexorable tribunal, actual é imparcialmente está juzgándonos; hable, amígote, vale que mi tosea pluma, idiotas